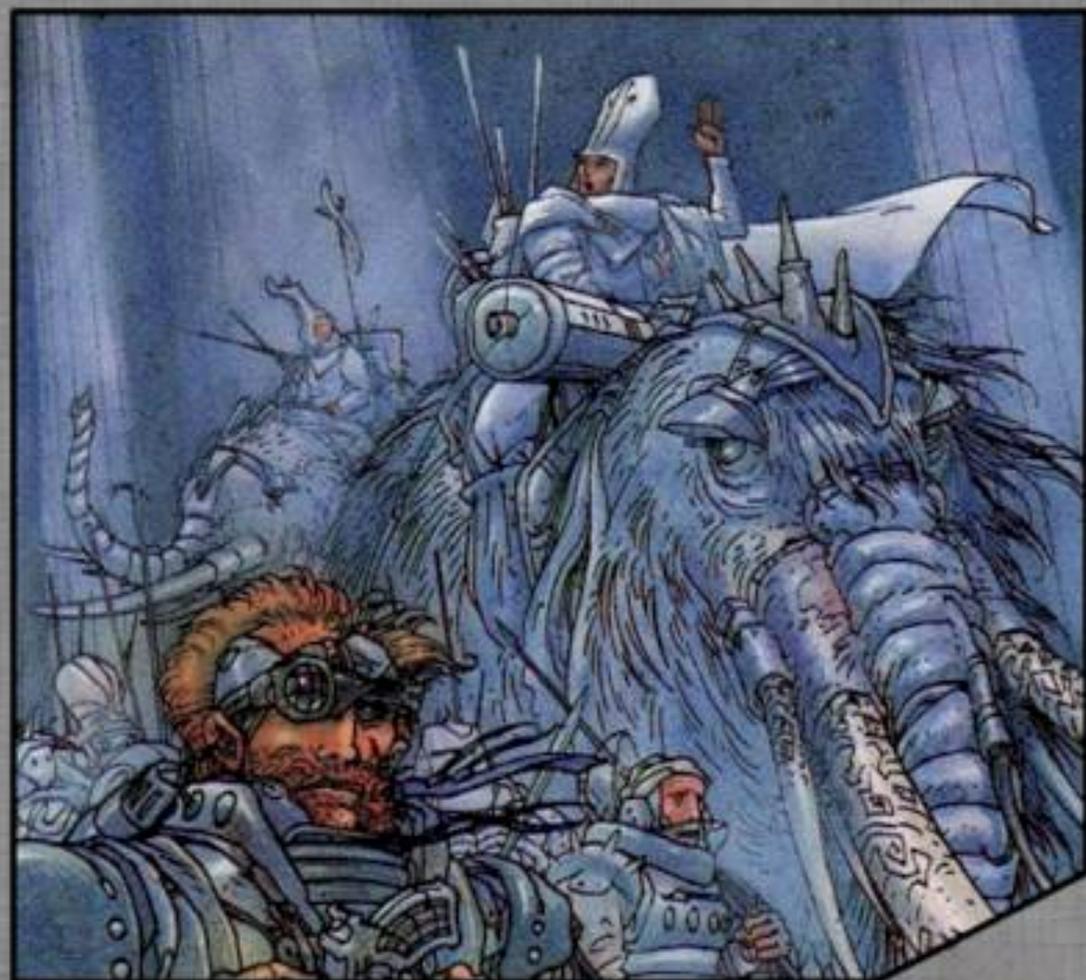


Juan Miguel Aguilera y Javier Redal

MUNDOS EN EL ABISMO

AKASA-PUSPA / 1



El cúmulo globular de Akasa-puspa, en un futuro distante: mundos remotos, en el abismo del espacio intergaláctico. Un pequeño universo de diez millones de soles, tan cercanos entre sí, que los viajes interestelares son posibles incluso con la tecnología más elemental; sacudido por continuas olas de civilización y barbarie; en cuyos planetas se alzan las babeles: colosales torres que dan acceso al espacio.

El último imperio que dominó Akasa-puspa se encuentra en decadencia y Khan Kharole, el general bárbaro, lucha por mantener la civilización en sus confines. Para ello, deberá aliarse con Srila, supremo líder religioso de Akasa-puspa, que aspira a la supremacía de la Hermandad sobre los restos del Imperio.

Ajeno a toda intriga palaciega, Jonás Chadragupta, es un científico que investiga el origen de la Humanidad en Akasa-puspa, ¿cómo llegaron los primeros humanos hasta allí y en qué circunstancias?; pero ha sido reclutado para una misión en una remota zona del cúmulo, donde hallará la sorprendente y espectacular respuesta a este enigma.

Así como las lentes descubren Mundos
en el Abismo insondable del espacio,
así los ojos de los Inmortales
contemplaban las oscuras visiones de Los
y la trémula esfera de vida y de sangre.

WILLIAM BLAKE

*Agradecimiento:
A Ernesto Navarro, por sus valiosas
sugerencias y opiniones*

PERSONAJES PRINCIPALES

Universidad de Vaikunthaloka:

JONÁS CHANDRAGUPTA: Científico de la Universidad de Vaikunthaloka

BUDNAGORA SAZZI: Rector de la Universidad de Vaikunthaloka

La Utsarpini:

CHAIT RAI: Mercenario ksatrya

KHAN KHAROLE: Líder de la Utsarpini

GWALIOR INDRAPRASTHA: Ayudante mayor de la *Vajra*

MOHAMED GORANI: Segundo oficial de la *Vajra*

BANA JALANDHAR: Sargento de Infantería de Marina

SANSER KAUTALYA: Primer ministro de Khan Kharole

AJMER ADIT YADEVA: Oficial médico de la *Vajra*

SULEIMAN YAVANI: Oficial de comunicaciones de la *Vajra*

PHORES SDEBAR: Marino

ALI MOHAMED: Marino

TAO KONARAK: Infante de marina (cabo)

OZMAN NASSER: Infante de marina (nativo de Anandaloka).

CHANAKESAR: Infante de marina (especialista en explosivos)

La Hermandad:

HARI PRAMANTHA: Capellán de la *Vajra* experto en ordenadores

SRILA: Jagad-Guru

HABEL SWAMI: Ulama Shik

MOISES KOVOOR: Ulama experto en política

IBRAHIM GOSWANI: Ulama

PRABHUPADA SHANTYA: Ulama

El Imperio:

LILITH FIRISHTA: Bióloga

JOSUE PRHUNA: Comandante de la *Vijaya*

OMAR BAN CHA: Analista de sistemas de la *Vijaya*

JAI SHING: Gramani de la expedición imperial

AB YUSUF RHON: Exobiólogo

KOT DOHIN: Físico

EKNAT SUDARA: Científico experto en láseres

IVRAIM ZHAstra: Físico teórico

ANUPASYAMI SIDARTANI: Adhyaksa imperial

ABDIEL KAROSHTI: Primer oficial de la *Vijaya*

PRÓLOGO

Esta naturaleza material está actuando bajo Mi dirección, ¡oh, hijo de Kun ti!, y está produciendo a todos los seres móviles e inmóviles.

BHAGAVAD-GITA (9.10)^[1]

UNO

En el principio fue el hidrógeno. Fuera de él no existía nada, sólo la rta^[2], el sunyata^[3], y Dios.

La creación del Universo por Dios fue como el crecimiento de un gran árbol baniano^[4] a partir de una diminuta semilla. Nadie puede ver el árbol que hay en la semilla, pero todos los ingredientes necesarios para formar el árbol están ahí, incluso la Inteligencia que se requiere para ello. Todos estos elementos materiales se encuentran presentes en nuestros cuerpos tal como también se encuentran en todo el Universo. *Anor aniyā mahatō mahiyan...* (El Katha Upanisad 1.2.20.) Esto significa que aunque algo sea extremadamente grande o infinitesimalmente pequeño, aun así está constituido por los mismos elementos básicos.

Y el elemento más básico de todos, el más simple, aquel a partir del cual creció todo, la semilla del baniano, es el hidrógeno.

Cuando la nube gigante de hidrógeno, en el transcurso de incontables yugas^[5], se contrajo en dirección a su centro de gravedad, fue adquiriendo gradualmente un movimiento de carrusel. Esta rotación actuó como una fuerza ordenadora de la nube que hasta entonces había tenido una forma esférica. La rotación hizo entrar en juego la fuerza centrífuga bajo cuya influencia la esfera comenzó a achatarse muy lentamente, adquiriendo poco a poco la forma de un enorme disco de diámetro superior a los cien mil años luz.

Cuando la nube primitiva estaba precisamente comenzando a girar sobre sí misma, dejó tras de sí, como los charcos que deja el océano tras la marea, acumulaciones de es-

trellas que marcarían, como balizas, las dimensiones originales de la masa de gas. Se formaron condensaciones casuales, núcleos locales de hidrógeno. Concretamente, estos enjambres de estrellas forman lo que se conoce con el nombre de «cúmulos globulares», agrupaciones de varios millones de estrellas, dispuestas en forma de esfera con un diámetro de apenas un centenar de años luz.

Los «cúmulos globulares» eran necesariamente pobres en metales y materiales pesados como consecuencia de la antigüedad de sus soles. La Gran Explosión con la que comenzó el Universo, sólo creó hidrógeno y helio. Los núcleos pesados se sintetizarían más tarde, en el interior de los hornos de fusión que son las estrellas, y fueron arrojados al espacio por las explosiones de novas para engendrar las estrellas de «segunda generación», ricas en átomos pesados. Pero los cúmulos se formaron al principio, pertenecen a la primera generación estelar, hidrógeno y helio. Algo así jamás podría sustentar la vida con toda la complicación química que requiere...

Por otro lado, la Galaxia tampoco es capaz de albergar vida. Su Núcleo contiene un enorme agujero negro central que lo inunda completamente de mortales radiaciones. En sus brazos espirales, aunque libres de tan perniciosas radiaciones, y poseyendo en abundancia los preciados elementos pesados que posibilitan la dorada complejidad orgánica, la vida inteligente tampoco es posible, pues, estando separadas las estrellas por años luz, esto haría imposible que el Sruti^[6] de Dios se extendiera de un sistema al siguiente. Ni tan siquiera el Imperio, con todo el poder tecnológico que Dyaus Pitar tuvo a bien concederle, pudo llegar a construir naves capaces de saltar distancias tan tremendas en un tiempo razonable. Por lo tanto, ¿qué sentido tendría que Dios hubiera creado vida en planetas que se verían, por su propia naturaleza, y por la de su entorno,

irremisiblemente condenados a la ignorancia de las Sastras^[7]?

Nuestro cúmulo, al que todos los bhaktas llamamos Akasa-puspa^[8], es la excepción, porque Dios así lo ha decretado: Soles con planetas habitados, soles ricos en los elementos pesados que hacen posibles los planetas sólidos.

Los científicos se enzarzan en interminables y absurdas discusiones sobre el origen de estos elementos pesados.

No quieren aceptar la respuesta más obvia, que simplemente nuestro Universo ha sido así configurado por Dios para favorecer la difusión de su Satyasya Satyam^[9].

Como se dice en el Bhagavad-gita: «Sus esperanzas de liberación, sus actividades fruitivas, y su cultivo de conocimiento, están irremediablemente derrotados...»

Y fue precisamente para satisfacer nuestra ansia de llevar su Satyasya Satyam hasta los lugares más remotos de Akasa-puspa, por lo que Dios nos dio las babeles, y le confirió a la Gran Hermandad^[10] la Sagrada Responsabilidad de su custodia.

(Discurso de Hari Pramantha para los graduados en la Universidad de Krishnaloka, [4.975])

DOS

En el año cuatro mil novecientos setenta y seis después de la Fundación del Imperio (4.976-df^[11]) Khan Kharole, el Simha^[12], se dirigía hacia Vaikunthaloka^[13], a bordo de su nave insignia: la *Purandara*^[14].

Trescientos años atrás los Imperiales habían retirado sus últimas guarniciones de Vaikunthaloka, dejando el planeta a su suerte, y a merced de las continuas oleadas de invasores yavanas. La Hermandad había empuñado entonces el poder y había luchado por evitar el Avasarpini^[15] en Vaikunthaloka. Bajo su mano el planeta había conocido una especie de resurgimiento, llegando incluso a constituirse como capital de la Hermandad, cuando sucedió lo que nadie hubiera esperado: la Hermandad fue violentamente expulsada de Vaikunthaloka tras el sangriento triunfo de la Revuelta de los Vaisyas.

Se dice que los Vaisyas formaron un anillo de estacas, en torno a la base de la babel^[16], con las cabezas empaladas de los Hermanos capturados en su interior. No sé si esto es cierto, o se trata simplemente de leyenda. Soy lo suficientemente viejo para haberlo visto, pero, afortunadamente, no lo vi, aunque lo creo muy posible. Los hermanos son sumamente capaces de provocar emociones tan adversas. Esa no fue la primera vez, ni creo que vaya a ser la última...

Lo cierto es que han debido transcurrir setenta años para que la antigua capital de la Hermandad haya sido anexionada a la Utsarpini^[17] por los ejércitos de la Hermandad y de Kharole, unidos en una inestable coalición.

Pero iba a suceder algo extraño. En su cincuentaitresavo día de viaje, nuestra flotilla de veleros solares se vio interceptada por una nave de fusión con las insignias imperiales.

Durante toda la aproximación, la nave imperial no cesó de transmitirnos mensajes tranquilizadores, asegurando tratarse de un vehículo diplomático desarmado. A pesar de ello, pude ver cómo se reflejaba en los rostros de los marinos de la Utsarpini el temor y la desconfianza ante la indudable superioridad tecnológica imperial.

Me encontraba rodeado por el ordenado bullicio del puente de mando de la *Purandara*, que, con el Simha a bordo, era lo más parecido a un trono real, o un recinto sagrado. Desde allí, el senapati^[18] supremo de la Utsarpini ostentaba el poder de vida y muerte sobre diez mil naves y sus tripulaciones, formadas por más de un millón de seres humanos.

En aquel momento Khan Kharole observaba la imagen de la nave imperial, repetida insistentemente por una docena de monitores. Esta tenía una forma rechoncha, con un gran tanque de hidrógeno como centro de su estructura. Sin adorno alguno sobre su negro casco, destacaba contra el fondo luminoso del cúmulo de estrellas. Una miríada de pequeñas luces de posición parpadeaban dispersas por la curva de su casco. Se había aproximado con una elevada velocidad constante para igualar velocidades con la flotilla mediante una espectacular maniobra en la que se habían desarrollado deceleraciones (calculadas por los técnicos de la nave insignia) de hasta diez *ges*.

—Si pretendían impresionarme, lo han conseguido —dijo Kharole.

Observé como este comentario, pronunciado por Kharole en un tono distendido, contribuyó a relajar la tensión reinante en el puente de mando. Logrado este efecto el Simha volvió a concentrar su atención en la nave imperial, observando ansiosamente sus eyectores. Yo también me volví hacia las imágenes con preocupación. Desarmada o

no, ¿qué daños podría causar aquella única nave a nuestros veleros si dirigía contra nosotros sus chorros gemelos de fusión?

Contemplé la negra nave imperial dibujándose contra el llameante fondo de Akasa-puspa. Desde el Límite, Akasa-puspa era una deslumbrante esfera de puntos de luz. Las estrellas estaban muy esparcidas por su borde, densificándose en el centro hasta constituir una sola masa de luz donde no se distinguían detalles. En el hemisferio opuesto, las estrellas raleaban más y más hasta desaparecer por completo, como las pequeñas y solitarias casas que bordean una ciudad.

La nave se aproximaba deslizándose por inercia con una asombrosa facilidad. Un par de estallidos de su horno de fusión, semejantes a explosiones de nova, corrigieron los pocos grados de error para una aproximación perfecta. Alguien comentó que la *Purandara*, con su velamen de luz, hubiera tardado dos o tres días en ejecutar una maniobra similar.

—Es... increíble —musitó uno de los técnicos de radar a mi derecha. Se encontraba estudiando el gigantesco tablero de posición, un instrumento que ocupaba completamente uno de los mamparos del puente, tachonado con innumerables minúsculas luces de docenas de colores. Las luces nunca estaban fijas, cambiando constantemente en un laberinto multicolor dentro de una pauta sólo comprensible para los pocos iniciados en su uso.

Le interrogué sobre lo que opinaba de aquel artefacto de la tecnología imperial.

—Pienso que es una nave asombrosa, monseñor Kautalya —comentó mientras la observaba fijamente—. Con naves como éstas, imagínese lo que podríamos llegar a hacer nosotros.

Aquella respuesta me hizo reflexionar sobre el viejo bufo de que el Imperio era cobarde y decadente, y que por este motivo jamás reconquistaría sus territorios abandonados.

dos en aquel sector, y que nunca se enfrentaría abiertamente a la Utsarpini a pesar de poseer naves infinitamente mejores. Tal vez al Imperio le convenía que siguiéramos pensando así.

Pero, al menos, el daño que nos causarían con la pérdida de cien de nuestros veleros, sería infinitamente menor de lo que representaría para ellos la destrucción de uno solo de esos aparatos.

Y además está la tripulación. ¿Tiene alguien idea en la Utsarpini de lo que se tarda en entrenar a un especialista capaz de manejar una de esas naves?

Los hombres de la Utsarpini son, en su mayor parte, luchadores de primera clase, hombres escogidos uno a uno en los frentes de batalla, curtidos bajo el fuego enemigo en un millar de planetas. Hombres en los que la shakti^[19] fluye ricamente por sus venas, mientras especulan con tétrica indiferencia sobre sus posibilidades de sobrevivir al siguiente ataque. Nosotros podemos reclutar en las colonias a miles de jovencuelos dispuestos a todo para escapar de su destino de destripaterrones. Pero los imperiales necesitan años para preparar una tripulación capaz de manejar una de esas naves. Son hombres demasiado valiosos para arriesgarlos locamente. Quizás es eso lo que les ha hecho ser tan cautos hasta el momento.

Pero sería un terrible error por nuestra parte confundir cautela con cobardía.

Centré mi atención en el problema más inmediato. Un pequeño transbordador había partido del hangar de la nave de fusión, y cruzaba lentamente el espacio que nos separaba. Se nos anunció que en su interior viajaba el adhyaksa^[20] Sidartani.

Me pregunté sobre qué extraordinario acontecimiento podría justificar una actitud tal por parte de Sidartani, pues la situación no podía ser más anómala desde el punto de vista diplomático.

Por aquellos días, la situación era tensa. Nosotros hacíamos todo lo posible por mantener la alianza con la Hermandad; pero otro tanto trataba de hacer el Imperio. Creo que Su Divina Gracia tenía más interés en nosotros que en el Imperio. Pero la entrevista secreta que mantuvieron Su Divina Gracia y el adhyaksa Sidartani nos inquietó, y mucho.

Actualmente, no creo que la Hermandad quisiera abandonarnos; pero entonces la situación era muy distinta, y Kharole se enfureció. Fue cuando se produjo el penoso asunto de Krishnaloka: el arresto de Su Divina Gracia.

Kharole, que tenía un temperamento fuerte, juró que «lo fusilaría si ponía un pie fuera de su habitación». Textualmente.

Posteriormente nos reconciamos con la Hermandad, pero el daño ya estaba hecho, y lord Sidartani había realizado una excelente siembra de cizaña...

Sin embargo, cuando Kharole contenía su fogoso temperamento, no había diplomático más suave en Akasa-puspa. Por consiguiente, dio estrictas órdenes para que la *Purandara* se dispusiera a recibir al adhyaksa Sidartani, su bandhu^[21] del Imperio y único representante de los intereses del Trono en aquel sector, con todos los honores previstos por el Reglamento para tal circunstancia.

(Tomado de la biografía de Sanser Kautalya: MI VIDA JUNTO A LOS DOS KHAROLE. Editorial Samskara^[22], 4.980-dfi.)